

hay á quienes para reconocer la verdad, les falta únicamente el conocerse mejor!

El terreno en el cual vamos á penetrar, solo se halla separado de éste por una línea imperceptible, puesto que se refiere á los estudios exclusivos y estos forman parte de los vicios constitutivos del espíritu; mas al presente ha tomado tal vuelo esta fuente de negaciones, que nos vemos obligados á concederle un lugar proporcionado á la influencia que ejerce en la incredulidad contemporánea.

## LIBRO TERCERO.

### DE LA INCRECULIDAD

PROVENIENTE DE LOS ESTUDIOS EXCLUSIVOS.

6

*Del especialismo científico.*

LIBRO TERCERO

DE LA INGENIERIA

Del espíritu científico

CAPITULO PRIMERO.

INCONVENIENTES DE LA CIENCIA EXCLUSIVA, EN  
GENERAL, CON RELACION A LA FÉ.

Los hombres especiales son útiles, los espíritus exclusivos son peligrosos. Los estudios especiales, es decir, los que ponen en ejercicio una aptitud particular de la inteligencia, sin paralizar las demás, están conformes con las necesidades de la naturaleza; en cambio los estudios exclusivos que, si así podemos decirlo, determinan una especie de vida congestional sobre un punto del espíritu, dejando todos los demás reducidos á la inacción, constituyen un desarrollo anormal; son algo parecido á una excrecencia de la vida intelectual: de manera que así como la especia-



lidad científica produce los hombres eminentes, el exclusivismo científico da como resultado la falsedad en el juicio.

Este es el único de quien debe temer la religión y la verdad es que no hay otro que se le oponga; y si bien es un hecho que nuestros contemporáneos tienen muy buen cuidado de achacar á la ciencia la responsabilidad de todas sus negaciones, debe tenerse en cuenta que la ciencia que sirve de pretexto á esas sutilezas y juegos del espíritu, no es la ciencia verdadera, debiendo añadir que la falta de esta condición esencial, resulta precisamente y casi siempre de exceso de exclusivismo.

El sabio que se ha concretado á una especialidad, ofrece muchos puntos de semejanza con el hombre que se halla metido en un callejón sin salida: ve una sola cosa; pero no distingue las demás que existen á su alrededor: su mirada podrá ser penetrante y profunda; pero distará mucho de ser vasta y extensa. No se olvide que lo que revela la creación, no es el conocimiento de un fragmento de ella, sino el de sus leyes generales y el de las relaciones existentes entre las mismas. Desde las alturas á que se remonta el aeronauta, no hay dificultad en comprender que nuestro planeta tenga la forma esférica

porque se distingue la línea convexa y circular de su superficie; mas desde las profundidades de una mina, ó desde el fondo de ciertos valles del Himalaya, nadie es capaz de ver un globo, en lo que se ofrece bajo la forma de un pozo.

Muchos son los filósofos que miran desde el fondo de este pozo, resultando de aquí que solo muy imperfectamente logran vislumbrar el cielo. «La armonía de las ciencias, dice Bacon, esto es, el apoyo que mutuamente se prestan las unas á las otras, es lo que constituye la gran autoridad que la ciencia tiene; mas desprendáse del conjunto una sola rama, y esta que empezará por doblarse, acabará por romperse (1).» Efectivamente, la propiedad que tiene de doblarse, revela su carencia de solidez. Por esto desde el momento en que un naturalista se da á raciocinar, cual si no existieran la moral y la teodicea no puede ménos que caer en el absurdo, aconteciendo comunmente que la ciencia se hace irreligiosa, en el instante mismo en que prescinde ó se separa del sentido común.

No cabe negar que los representantes de esta ciencia son algunas veces hombres de verdadero

1. De usum, scient., t. VII, p. 200.

genio; mas, repito, que no tienen más que un ojo; y si distinguen con toda claridad un punto determinado, en cambio abarcan muy poco del conjunto, y en el mero hecho de ser más reducido el campo de la vision, es más limitado el sentido de la vista.

«Si fuera dado á nuestra percepcion, contemplar las obras de Dios en el mundo visible y en el mundo moral, no cual las vemos al presente, es decir á pedazos y por fragmentos, sino unidas en conjunto, en el plan vastísimo de la armonía universal; veríamos indudablemente á la religion establecida por Dios, formando parte integrante del plan general, adaptándose al mismo tan completa y necesariamente, que no sería posible excluirla, sin que el conjunto en masa quedara desorganizado y destruido. El ponerla en evidencia de este modo, es decir, penetrando con su influencia la economía y la organizacion de la naturaleza entera, constituiría sin la menor duda la demostracion más elevada y al par más bella de la verdad (1).»

Hé ahí el punto más favorable para la con-

I Cardinal Wiseman, *Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la religion.*

templacion de la verdadera religion. El que pudiera considerarla no solo en sí misma, sino tambien en sus innumerables relaciones con la trama del orden universal, sería quien la distinguiera con más perfeccion. Sólo á Dios y á sus elegidos es dado abarcarla desde lo alto de ese observatorio sublime que se llama cielo, y cuanto más se eleva el hombre en alas del pensamiento, para acercarse á dicho punto de vista, más bien se hace cargo del inefable panorama que se desarrolla bajo sus ojos. El especialista es el hombre ménos indicado para elevarse hasta dicho punto de vista, por lo mismo que apegado á los detalles, acaba por perderse en ellos.

Y sin embargo, hase hecho notar con verdadero fundamento de causa, que aun cuando se presentaran algunas objeciones de detalle, verdaderamente insolubles, no podrían prevalecer contra las numerosas y decisivas pruebas de la revelacion cristiana. Ahora bien, en tanto que una verdad, tan necesaria como la de la religion, conserve grandes probabilidades en su favor, ¿á qué viene el rechazarla, sin más razon que el contener algunos puntos que hasta el presente no han logrado explicarse? En buena lógica sería siempre más difícil suponer falsos todos los sistemas del cristianismo, que admitir que una ob-



jección que hasta hoy no ha podido solventarse, no pueda serlo mañana. ¡Cuántas veces, por otra parte, ha acudido nuestra verdad á proveerse de pruebas en el arsenal en que se elaboraban las armas con que se pretendía acabar con ella!

Por consiguiente cuando los exploradores de la ciencia exclusiva lleven á cabo algun descubrimiento, en apariencia concluyente, contra el dógma, cuiden de concederle el tiempo indispensable para que pueda apercibirse á la defensa, que, seguro de la victoria, no se hará aguardar en el terreno á que se le cite. Especialmente las ciencias naturales más bien que mostrarse agresivas deben contemporizar con la fé. «La Biblia y la naturaleza son la palabra de Dios y por consiguiente es indispensable que estén de acuerdo; y si bien hay ocasiones en que este acuerdo, al parecer, no existe, no está el defecto en la naturaleza ni en la Biblia, sino en la exégesis del teólogo, ó en la exposicion del naturalista (1).»

Antinomias son estas que jamás aceptará espíritu generalizador alguno, y tarde ó temprano los vendrian á justificar semejante proceder. En

cambio al oír al positivismo manifestando que elimina «la hipocresía teológica, tan degradante cuando se ejerce, como opresiva para el que la sufre; y más aún la hipocresía metafísica más enojosa y ménos excusable (1).» preparémonos para ver mezquinas conclusiones. Esta teoría absoluta que consiste en suprimir las ciencias que le estorban, con el prebóto de tener más fácilmente razon, no ve el mundo en el mundo real, sino en la lente de un sistema y por consiguiente no ha de pasar mucho tiempo sin que niegue toda la porción del cielo que se encuentra fuera de ese foco microscópico.

Cierto que la teología y la ciencia de la naturaleza se mueven dentro de dos órdenes enteramente separados; pero aún así, pueden considerarse como los dos hemisferios de un mismo mapa mundi. El naturalista que negara en conjunto la teología, sin conocerla, pareceríase al Europeo que no creyera en la existencia de América porque no distingue la ciudad de Nueva-York desde las torres de Nuestra Señora de París. En cambio la teología admite las ciencias que la rechazan, pues aún cuando su destino la lleva á

ocuparse en las verdades reveladas; estudia aquellas que son objeto de la investigación humana, sin oponer á ninguna especie de conocimiento la exclusion preconcebida con que se pretende herirla. Roma ha erigido en sus universidades una cátedra de física sagrada, con el fin exclusivo de estudiar los descubrimientos modernos en sus relaciones con los hechos consignados en la Escritura: todos los apologistas de la fé se ocupan en preparar las bases de un acuerdo entre la ciencia y la Biblia: y finalmente, la revelacion tiende la mano á todas las aptitudes especiales del espíritu humano, juzgándose dichosa en poder armonizar sus conquistas con su inmutable símbolo, sin perjuicio de no dar jamás á luz, bajo su exclusiva responsabilidad, otras verdades que las que no son nuevas, dejando á cargo de los especialistas las novedades que no son verdaderas. Y sin embargo, ¿dónde es an los naturalistas tan bien informados de nuestras pruebas, como lo estamos nosotros de sus objeciones?

La consecuencia de estas premisas, no consiste precisamente en que las ciencias materiales sean funestas en sí mismas, sino en que es menester que vayan acompañadas de una cultura filosófica y moral que pueda servirles de contra-

peso; pues, como otras muchas cosas, por cierto muy buenas, para que no causen enojo, es menester que sean corregidas. La inteligencia más justa, es pues aquella en que las ciencias del espíritu y las de la materia se desenvuelven en un paralelismo armónico. Por punto general, los sábios más eminentes han sido religiosos, por lo mismo que en esos espíritus profundos los conocimientos marchan acompasados, y en el más perfecto armónico equilibrio. No me refiero aquí á la instruccion teológica de Descartes y Pascal, de que dejamos hecha mencion; mas no debe echarse en olvido que Newton empleó los últimos años de su existencia en sondear los misterios del Apocalipsis; que Euler ha dejado una obra que lleva el título de *Defensa de la revelacion*; que Leibnitz estaba lo suficientemente versado en determinadas cuestiones religiosas, para proporcionar réplicas al mismo Buasuet, y que gran número de eminencias científicas de Alemania, Inglaterra y América, sin contar las de Francia, tales como Cuvier, Alejo Brongniart, Binet, Biot, Ampere, Cauchy, Marcelo de Serres y Blainville, pueden testificar, que lo que aleja de la fé, no es en manera alguna la ciencia de la naturaleza que se posee, sino la ciencia de la religion que no se tiene,



¿En qué consiste si no, que tantos y tan mequinos calculadores ó anatómicos encuentren la impiedad, en los mismos estudios que arrancaban á Galileo sus actos de adoracion? En qué, gracias á una educacion incompleta, toman por el conjunto de la creacion lo poco que conocen de ella, y más aún, en que el exceso de carga en uno de los lados de su cerebro, comparada con la escasez que hay en el opuesto, influye en que el platillo de su juicio se incline hácia un punto determinado. Lo hemos dicho ya: hasta la misma luz, cuando no está repartida y reflejada de un modo normal, puede ocasionar la obscuridad.

Y aquí nos cumple rogar al lector, que no vaya á presumir que el cristianismo al levantar la voz contra la ciencia exclusiva defiende una causa enteramente nueva. Nuestros antepasados fueron ardientes promovedores del verdadero progreso científico; solo que, para evitar que fuera perjudicial, lo querian completo. «Así como en agricultura y en medicina pasa por más experto el que ha estudiado más número de ciencias útiles á dichas artes, nosotros debemos considerar tambien como el más conocedor en nuestro arte sublime, á aquel que sabe encaminar todas las cosas á la verdad, y de la geometría, de la música, de la gramática, y hasta de la mis-

ma filosofía saca todo cuanto puede utilizarse en defensa de la fé. En cambio, el que no se ha ya instruido cuidadosamente, merecerá el condigno desprecio (1).

Después de esta formal declaracion de Clemente de Alejandria, la Iglesia no ha profesado jamás el sistema del obscurantismo: sus grandes oráculos, es decir, esos hombres á los cuales ha apellidado piadosamente sus Padres, fueron hasta tal punto versados en las ciencias profanas, dice Bacon, que el edicto de Juliano el Apóstata prohibiendo á los cristianos las escuelas y los ejercicios literarios, les pareció un instrumento más funesto á la fé, que las sangrientas persecuciones de sus predecesores. Ciertamente que la verdad cristiana no ha menester de un modo absoluto el auxilio de nuestra ciencia; mas sería inferirle un gran ultraje y hacerle una gran injusticia, presumir que necesita nuestra ignorancia.

Esto sentado, vamos á emprender la tarea de evidenciar la convergencia y el acuerdo entre las verdades reveladas y las verdades descubiertas, entre las que Dios nos ha concedido y las que los hombres han conquistado. Ya se com-

muca á darvoni. el cup. r. amonitas ab amdo ara  
 ludo n. erdo asmi ara amonitas ab estia.

om. 3. Topica oper., t. I. cap. 6. amonitas am amonitas ab

15. am. 11. la scio ad y amonitas ab amonitas ab

prenderá que no puede entrar en nuestro plan ocuparnos *ex profeso* de todas las ciencias en sus relaciones con el cristianismo, ya que para ello sería menester una aptitud enciclopédica que no poseemos; pero, en cambio, procuraremos clasificar y reducir á términos precisos las objeciones fundadas en los conocimientos que más boga alcanzan actualmente, y concentrando toda nuestra ambicion al modesto papel de meros narradores, probar que si la ciencia, al paso que adelanta, no siempre aumenta el caudal de nuestras piezas justificativas, en cambio *no existe ciencia alguna que pueda erigir verdaderas certezas en contra de la religion.*

¿No constituye, por ventura, el acuerdo más honroso para las ciencias y para el Evangelio, al propio tiempo que la más firme y poderosa para la razon, el dejar establecido que el Dios de la ciencia, es al propio tiempo el Dios del Evangelio? Dichosos nosotros si logramos comunicar á ciertos exploradores, demasiado exclusivos, del mundo físico, los sentimientos que llenaban el alma de Keplero al terminar una de sus obras de astronomía, y que le movian á decir:

« Antes de abandonar esta mesa sobre la cual he realizado mis investigaciones todas, solo me resta levantar las manos y los ojos al cielo, y di-

rigir una humilde plegaria al autor de toda luz. ¡Oh, tú, que gracias á las luces que has difundido sobre la naturaleza, elevas nuestros deseos hasta la divina luz de tu gracia, á fin de que un dia nos veamos transportados á la luz eterna de tu gloria, yo te doy gracias, Señor y Creador, por todos los goces que he experimentado en los éxtasis que en mí ha producido la contemplacion de la obra de tus manos! Yo he compuesto este libro que contiene la suma de mis trabajos, para proclamar ánte los hombres la grandeza de tus obras; ¿habriame dejado arrastrar, acaso, por las seduciones de la presuncion, en presencia de su admirable belleza? En cuanto los límites de mi espíritu me han permitido abarcar la extension infinita, héme esforzado en conocerlos tan perfectamente como me ha sido posible, y si algo se me ha escapado que no sea digno de ti, házmelo conocer á fin de que pueda borrarlo [1].»

I Kengatemberg ev. Kirchen-zig. 1830 pág. 411.



## CAPITULO XX.

### DEL ESTUDIO EXCLUSIVO DE LAS CIENCIAS NATURALES RELATIVAMENTE Á LAS CREENCIAS RELIGIOSAS.

De todos los especialismos (1) en que deberemos ocuparnos, y cuya perniciosa influencia deberemos señalar, ninguno más funesto que este. No cabe negar que es por demás ventajoso

1 Permitásenos el empleo de esta palabra que no se halla consignada todavía en el vocabulario, no obstante que el frecuente uso de la misma la autoriza suficientemente. Así se expresa el actor, por nuestra parte debemos consignar que no hemos vacilado en adoptar el neologismo, teniendo en cuenta que, en el lenguaje filosófico, traducen perfectamente el pensamiento, lo que no se conseguiría empleando la palabra *especialidad*. Esta es á aquel, lo que la *libertad* es al *liberalismo*.

el conocimiento de las ciencias naturales; pero el conocimiento exclusivo de las mismas constituye una verdadera desgracia.

La exploracion exclusiva de las cosas físicas, trae consigo una tentacion. A fuerza de penetrar en los secretos de la naturaleza, el hombre se acostumbra á pensar que para él no puede haber misterios: y despues al paso que explica el mundo, llega á presumirse en situacion favorable para descubrir que el mundo se ha hecho sólo.

Cuando la naturaleza no es para un espíritu la manifestacion de Dios, conviértese en un velo que la oculta: de aquí que la investigacion de sus leyes, dé como resultado ó grandes adoradores ó grandes impíos. M. Biot ha demostrado con la autoridad de su larga experiencia, que las ciencias naturales solo son religiosas cuando alcanzan un determinado grado de profundidad. El mundo contemplado con la mirada del alma, conduce á Dios: no debe sorprender que estudiado físicamente, lo oculte. Contemplando la superposicion de las capas geológicas de nuestro planeta; descubriendo la ruta de los astros; comprobando que los seres vivientes preceden por una progresion graduada á la formacion del hombre, el sabio novicio ó ligero experimenta

al par bien estar en el espíritu y angustia en el corazón: un paso más, y creyendo haber llegado á la nada que forma la base del sér, sustituye á Dios por fuerzas misteriosas. En cambio, el sábio profundo y verdaderamente digno de este nombre, reacciona por medio de la razón contra este escalofrío que difunden en su alma los descubrimientos realizados en la naturaleza. Comprendiendo que las fuerzas que divinizaba están demasiado bien ordenadas para que no procedan de un ordenador supremo, admira como efecto lo que en un principio adoró como causa, y vuelve á Dios con un empuje proporcionado al doloroso impulso que terminara el alojamiento y la separación. Así se explica el que ciertos espíritus, después de haber leído un libro peligroso, crean mucho más, al paso que otros crean menos. La culpa no está en el mundo físico, sino en los seres que se aventuran sin brújula en esa inmensidad sembrada de escollos.

¿De dónde proviene el antagonismo existente entre la fé y el cultivo inmoderado de las ciencias naturales? De que semejante aplicación falsea la rectitud del juicio. Sin hacer el proceso de la ciencia, ha escrito con razón Vauvenargues. "Hay mucho que decir respecto de que un vasto caudal de conocimientos conduzca al

espíritu de rectitud. La multiplicidad de objetos confunde la mirada, muchos conocimientos diversos destruyen nuestro propio juicio... el número de las gentes que saben utilizar debidamente el espíritu ajeno es muy reducido: los conocimientos se multiplican; pero el buen sentido es siempre escaso (1)." Efectivamente, la erudición mal digerida, lejos de ser una ventaja es inconveniente. Todo espíritu que absorbe más de lo que puede asimilarse, se hincha en vez de fortalecerse, y si esto acontece respecto de los efectos de la ciencia en general, fácilmente puede medirse cuál ha de ser la influencia ejercida sobre la rectitud del juicio por las ciencias de la materia.

A la dirección recta y sencilla, que es el sentido común, substituyen la inflexibilidad de la razón geométrica. En cierto modo hacen de las inteligencias algo semejante á un objeto que distinguen perfectamente delante de sí, pero cuya visión es limitada porque no pueden girar sobre sí mismas. Matemático háy, por ejemplo, que jamás logrará comprender cosa alguna de la religión, porque se empeña en encontrar las

1 Fragmentos sobre los efectos del arte, p. 559, edición Didot.



pruebas matemáticas que no pueden existir, y prescindir de las pruebas racionales; y en tanto que la religión se certifica por el testimonio de la historia, de la revelación, de la razón filosófica, y del sentimiento, él sólo admite la verdad de las cifras. Exageración de raciocinio que, en último resultado, no es otra cosa más que empuñamiento de razón. De seguro se refería Montaigne á uno de esos hombres tan especiales al trazar ese picante perfil: «Ese sábio supo componérselas tan bien en punto á tirar la cuerda, para enseñar á su alma la manera como debía pensar que al fin se salió con la suya, sacando de quicio el juicio hasta tal punto, que nunca logró volverlo á meter en caja, pudiendo alabarse de haberse vuelto loco á fuerza de ser sábio (1).»

Cuéntase que como los padres del barón de Cauchy solicitaran los consejos de Lagrange, para dirigir á su hijo, que tan felices disposiciones revelaba, este les contestó: «No le permitais abrir un solo libro de matemáticas mientras no haya terminado las humanidades.» Al indicar este plan de estudios á un matemático de tan

grande porvenir, sólo se propuso Lagrange someterlo á la disciplina más fecunda; mas por este medio acaso logró también sostener la fé de su discípulo, al par que su rectitud de juicio.

El abuso de las ciencias físicas, además de falsear las inteligencias las deprime, y lo que las inteligencias pierden en elevación, como lo que pierden en certeza, de la medida de su desviación en el orden de las creencias. Cierto que bajo el imperio de tales preocupaciones se llevan á cabo importantes descubrimientos; pero todo lo que se ensancha el horizonte hácia la tierra, se reduce hácia el cielo. Cierto que entonces se puede entregar el espíritu á un movimiento verdaderamente desenfrenado; pero el progreso se cumple en el sentido horizontal y no en el vertical. En una palabra, la ciencia da cuatro piés al espíritu, pero le corta las alas: de manera que la humanidad adelanta; pero no se eleva. Consecuencias peligrosas para todas las convicciones espiritualistas, puesto que á fuerza de analizar la materia, llega el hombre á persuadirse de que no existe otra cosa en el mundo. Como la fé se ha definido diciendo que es *el argumento de las cosas que no parecen*, y la ciencia se ha considerado el estudio de las cosas aparentes, esta acaba por decretar la imposibilidad de la

primera y véñse surgir celebridades de laboratorio, que miran con completo desden toda verdad que no deje un residuo en el fondo de sus retortas.

De seguro que como resucitara alguno de nuestros antepasados del siglo décimo séptimo, no había de confirmar con sus palabras el elevando concepto que de nosotros mismos nos hemos formado, puesto que sin perjuicio de hacer la debida justicia á las ventajas que á su tiempo lleva nuestro tiempo, no podria menos que decir: cierto que marchais con mayor rapidez, pero en cambio no os elevais á tan remotas regiones; cierto que hablais con los que moran en otro continente por medio de hilos establecidos bajo las olas del mar, pero, por lo que á Dios se refiere, apénas si acertáis á balbucear algunas palabras; cierto que habeis logrado medir los cielos, mas no conoceis á su autor: así se explica que llameis á vuestro siglo el siglo de la locomocion y no el del progreso; el del vapor y no el de la luz.

Convego en que el ontologismo de los siglos pasados tendia por sus excesos á la negacion de los cuerpos, como el materialismo contemporáneo suprime las almas; pero, en último resultado, Mallebranche honra más á la humani-

dad viendo las cosas en Dios, que la ciencia explicando el mundo sin Dios, y cuando un explorador célebre, de regreso de su lejanas excursiones dijo al rey de Prusia: «Señor he buscado á Dios por toda la redondez de la tierra y no lo he encontrado en parte alguna.» infirió al espíritu humano un agravio más grande que la li-soja que presumia dirigirle, puesto que puso en evidencia, que el progreso de los descubrimientos puede marchar al par con la decadencia de las ideas.

Las ciencias naturales sin correctivo alejan pues al hombre de Dios, porque Dios mora en las regiones más elevadas, y aquellas llevan el espíritu hácia las bajas, con la circunstancia empero de inspirar en sus adeptos ambiciones desordenadas. Un sabio que ha conseguido explicar algunas leyes desconocidas, no puede admitir en manera alguna que no sean explicables todas las verdades: pues imagina que cuando la naturaleza le ha entregado sus misterios, sería en él un acto de debilidad el permitir que Dios le reservara los suyos. Y hay más aún: estos mismos sabios que á veces abrigan supersticiones relativamente á los misterios de la naturaleza, son escépticos respecto de los misterios divinos. Si la religion les dice que el infierno tie-



ne faego, sonrñense irónicamente de esas llamas que no han sometido al análisis; pero si la ciencia les dice que Saturno y Júpiter pesan tantos kilogramos, lo creen á puño cerrado como si ellos mismos hubiesen sostenido la balanza.

¡Contradicción y flaqueza humanas! ¿Como se explica que la ciencia de las cosas naturales, tan sumisa á la fé en Descártes, se emancipe tanto de ella en Laplace? Es que Descártes para lanzarse á las cimas de lo infinito, contaba con la fuerza proporcionada por la instruccion filosófica, en tanto que los otros, encadenados por las reglas del A más B, no aciertan á ver más allá de su telescopio. Y puesto que hemos escrito la palabra telescopio, aprovechémos de ella para establecer una comparacion. La ciencia con su dos ramas de conocimientos espirituales y de conocimientos naturales, parécese á los anteojos cuyos cristales alejan ó aproximan los objetos, segun sea el extremo por el cual se miran: cuando se contempla á Dios por medio de las segundas, acaba por perderse de vista. ¡Cuántos son los sabios cuya mirada, en religion, no tiene mucho alcance, precisamente porque emplean al revés su instrumento óptico! Vengamos ya á la razon más decisiva. Si se ha dicho de la ciencia que es motivo de orgullo,

*scientia inflata*, las ciencias físicas, más que las otras, conducen al hombre á la irreligion por el sentimiento exagerado que de su importancia le hace formar. Cuando nuestros antepasados de la edad media llevaban á cabo sus descubrimientos en el dominio del pensamiento, no abandonaban jamás su modestia, por lo mismo que para ellos, el descubrimiento estaba en Dios, y cuanto más se aproximaban á ese rostro adorable, tanto más oprimidos se sentían por tan soberana Majestad; mas desde que el hombre realiza sus descubrimientos en las fangosas profundidades de la creacion, se ha declarado rival del Creador, y en cuanto ha tenido encerrados en sus crisoles los elementos de la creacion, no ha vacilado en erigirse en creador del mismo Dios, segun la feliz y atrevida expresion de Boasuet. ¡Y bien, dice, al parecer, el sabio contemporáneo: ¿cuál es el acto por excelencia de la divinidad? ¡Los milagros? pues tambien los realizo yo, que ocupando una aérea navecilla héme paseado entre los astros del firmamento; yo, que habiendo dado alas á mis buques, he surcado en todas direcciones la vasta extension del Océano con la rapidez de las aves maritimas; yo, que henchiendo de fuego mis carros he cruzado la tierra de Oriente á Occi-

dente con la velocidad del rayo. Dios creó las olas furiosas y yo las domo: Dios creó la tempestad y yo la subyugo: Dios creó las distancias y yo las suprimo... ¿Quién semejante á Dios? se dijo un día en las alturas celestiales: y yo me presento con las pruebas en la mano para sostener la competencia, porque es señor del mundo el que tiene á su disposición todos los resortes.

Y la ciencia moderna se halla tan empapada en este sueño quimérico, que á cada nuevo descubrimiento que se lleva á cabo, los hombres de poca fé se miran cual si pretendieran preguntarse, si Dios va á ser convencido de falacia, no faltando quienes hayan insinuado al magnetismo que se ocupe en la resurreccion de los muertos, á fin de ver si se daría con medio apropiado para acabar con Nuestro Señor Jesucristo. De manera que el orgullo de las ciencias naturales, del mismo modo que los sofismas de la filosofía, conducen á una misma blasfemia: ¡Somos Dioses, somos Dioses! y el crimen intelectual de la época presente, recuerda el de Sautants.

¿Qué es lo que convendría á ciertos sabios, para que fueran más respetuosos con la fé? El sentimiento de la modestia y la conciencia de

su debilidad, que son el más preciado perfume de las almas elevadas, y el adorno más bello de los espíritus eminentes. Mediante esos elementos harían al par justicia á su conciencia y á la religion, porque el saber, que en sus pretensiones carece de límites, los tiene muy marcados en sus conquistas. Si duda, en materia de religion, no proviene de que sea extenso, sino de que es incompleto. Newton jamás pronunciaba el nombre de Dios sin humillar su potente cabeza en testimonio de adoracion y respeto, dando así una prueba manifiesta de que si la cabeza del hombre se resiste á inclinarse ante su Creador, no tanto proviene de los méritos que le distinguen, como de las circunstancias que le faltan (1).

1 Si en esta parte de nuestro libro somos ménos concisos que en la que hemos dedicado á contestar las objeciones filosóficas, consiate en que al presente nos vemos obligados á ocuparnos al par en la exposición de los hechos y en el razonamiento apologeticó, y al propio tiempo en llevar á cabo la educacion científica del lector, y la refutacion de nuestros adversarios.